

NOTABLES ANDALUCES TRANSTERRADOS EN IBEROAMERICA

por

MANUEL ANDÚJAR

Por evidentes razones, más geográficas que históricas — ¡oh! , la casualidad territorial, el lugar donde las demasías subversivas los sorprendieron—, salvo las víctimas de la caída de Málaga en poder «nacional» y aquella su trágica peregrinación hacia el más próximo cobijo, Almería, contados son los andaluces que emprendieron el primer éxodo. Y después, de inmediato, la ascensión, feraz Levante a través, hasta el reducto último de Cataluña, insertos los malacitanos en la masa exiliada que cruza la frontera con Francia, en las semanas iniciales del fatídico 1939. Los andaluces que procedían de las tierras y riberas natales representaron una minoría dentro del gran éxodo. Y más aún al concluir dramáticamente la contienda en la zona Centro Sur, sin traslación y retirada imaginable.

Los andaluces, ya entonces emigrados y adentrados en otros confines peninsulares, forman, sin embargo, una de las más calificadas e informadas presencias en la diáspora, especialmente la encaminada a Iberoamérica y que, en los países de Ultramar, desenvuelven su «nueva» personalidad y sus flamantes o reanudadas actividades. En el cómputo general de tan importante trasvase de la cultura liberal española, nuestros sureños realizan, sin la indolencia —galbana— de que tópica y frívolamente se les tilda, sus trabajos creadores y críticos. Y su impronta es de fácil captación, en principio y a reserva de los estudios monográficos y biográficos

que cumple inspirar y auspiciar y que, con toda seguridad, habrán de relivarlo.

La brillante, plateada generación del 27 —Rafael Porlán, reivindicado en el estudio de Manuel Urbano, José Bergamín, Juan José Domenchina, Ernestina de Champourcín, Antonio Espina, Pedro Garfias, entre otros notables y olvidados y alguno se me escapará hoy— fue de predominante composición e impregnación andaluzas y tuvo sus sedes en Málaga —revista «Litoral», Granada, círculo de que fuera eje Federico García Lorca y Sevilla, la famosa reunión y constancia iconográfica de la reunión fundacional en el Ateneo. Recuérdese que en tal sazón los castellanos Pedro Salinas y Jorge Guillén «respondían» al ambiente meridional.

Desde los primeros tiempos del exilio del 39 Emilio Prados vive y se desvive en México capital, cuida allí magnas publicaciones de la Editorial Séneca (las obras completas de Antonio Machado, por ejemplo: inolvidable volumen en papel Biblia, de encuadernación flexible, color Burdeos las tapas, modelo de pulcritud, fidelidad a los textos completos, respetados, y amoroso cuidado) y prosigue su quehacer poético. Intento, con Francisco Giner y Juan Rejano, bajo cielo no mediterráneo, de resucitar «Litoral», empeño que acabó en frustración por falta de circundante y allegado oxígeno lírico de inmediatez popular. El versificar —verificarse, en pureza— de Emilio, al cobijo de «Cuadernos Americanos» y de su director, el patricio cardenista Licenciado Jesús Silva Herzog, desemboca en «Jardín cerrado». El hecho de su fonética malacitana y de su nostalgia de los lares costeros no le impide concitar la devoción y admiraciones de sus colegas del altiplano. Testigo de ello fuí en los momentos que bordonearon su muerte. Lo reflejé así:

«A bordo del lecho, canoa y cuna, / bajo un velo de tiernas
arrugas, su rostro de niño ingrátido. / ... / Mujeres, / mexi-
canas, española, / de orfandad bruñidas, gimieron a sus pies
/// ... Los varones estrujaban / las sombras heridas del apo-
sento, / aguzaban los perfiles / cavaron ceños y sueños / Y un
silencio de recuerdos / sembró sus gargantas / con albas y
atardeceres, / frondas de abierto jardín, / misteriosa memo-
ria / de vientos marineros».

Pero Emilio Prados guardó su sabiduría y edificante retentiva de los gráficos y casi copleros decires serranos, de noble vena y veta de las gentes sencillas. Lamento —efectos de la emotiva impresión— no haber apuntado los que por teléfono me comunicó de vez en cuando con absoluta abstracción del tiempo de mi trabajo asalariado.

A México también, después, desde La Habana, llega Manuel Altolaguirre, cofundador y artífice, con Emilio, de «Litoral», revista donde ambos debutaran en la esplendente compañía de las «Canciones» de Federico García Lorca, Rafael Alberti, Hinojosa. Más sociable y extrovertido que Emilio, anfitrión generoso por añadidura, Altolaguirre ganó rápida aceptación y amplias simpatías en los medios intelectuales y literarios de México. Instaló a renglón seguido su famosa séptima imprenta en la calle Belisario Domínguez, cerca de la plaza de Santo Domingo, de acusado sabor colonial. Allí se compusieron —sello editorial de «Isla»— «Cumbres de Extremadura», de José Herrera Petere y mi novela «Cristal herido».

Al cabo de sus migratorias estancias en Inglaterra y Estados Unidos, llegó al Distrito Federal, como aligero y cansino el andar, algo encorvada la figura, conjuntados sus aires de abstracción y distracción, Luis Cernuda. Acudía al Fondo de Cultura a revisar las pruebas de página de la edición, en aquellas fechas actualizada de «La realidad y el deseo». Concha Méndez le brindó techo y maternal solicitud. Largas pláticas mantuvo con la generosa donostiarra María Dolores Arana. Lo distinguió con especial aprecio Octavio Paz y los jóvenes críticos —su paladín, Emmanuel Carballo— y poetas mexicanos, de mayor y mejor calado, le rindieron invariablemente justa pleitesía:

«Amargos son los días / de la vida, viviendo / sólo una larga
espera. / Me dejan el destierro».

Pedro Garfias aunque salmantino de nacimiento, trasplantado de muy niño a nuestra Andalucía, aquí se desarrolló su crianza y brotaron sus querencias. En su etapa española, defensor y auspiciador de vanguardismos no alcanzó cabal resonancia. Durante

nuestra guerra civil-internacional su conciencia cívica y su compromiso político, banderizo, sustentaron la singular entereza de su poesía genuina, nada hermética, y que sin quebranto de la dignidad y hermosura formales, accedía a la asunción colectivista. En México peregrinó, recitó, con talante bohemio y embargos alcohólicos, lo estremeció siempre íntima desazón, por varias ciudades, particularmente las norteñas y observó admirable fidelidad a las conjunciones hispánicas con el país de asilo, ya avizoradas cuando el que fue nuestro transporte, el viejo buque «Sinaia», se acercaba a la franja atlántica de Veracruz. Según su todavía válida, vibrante exclamación:

«España que perdimos no nos pierdas; guárdanos en tu frente derrumbada, conserva a tu costado el hueco vivo de nuestra ausencia amarga».

Compañero en letras y métricas, camaradas por ideología militante y cordial amigo de Pedro Garfias, el cordobés Juan Rejano, que se reveló y porfió públicamente en el exilio, al que debemos una obra honda, «jonda», pues cantaba con estilo, al arrimo de sus íntimos y en ocasiones pulsada y nutrida consagrado a tenaz laboreo en lo artesanal, evocador de «El Genil y los olivos». Dirigió de comienzo y en buena porción de su andadura la excepcional revista hispanoamericana «Romance», portavoz de la editora y distribuidora EDIAPSA y que reunió abundantes colaboraciones de fuste. También capitaneó durante varios años el suplemento dominical de cultura y literatura del diario del Gobierno «El Nacional». Rejano ha sido quizá el que más sólidas, extensas y hábiles relaciones anudó con los escritores y artistas mexicanos. Su «Cuadernillo de señales» se ocupaba, sin embargo, al menos de modo preferente, a los temas españoles: melancolía y reivindicación desde el exilio, atención apasionada a la resistencia antifranquista, aquí, entonces.

Y a manera de paréntesis conectado al mencionar a EDIAPSA cumple rendir tributo a las capacidades organizativas e impulsoras del malagueño Rafael Giménez Siles. En Madrid, en tiempos aledaños a la Segunda República, pone en marcha una editorial que jugó extraordinario papel dadas sus orientaciones sociales avanza-

das, Cenit, y fue la que dedicó inteligente atención a los autores iberoamericanos de ese molde: el «Don Goyo», del guayaquileño Demetrio Aguilera-Malta, pionero del realismo mágico o la narrativa de protesta y denuncia del mexicano Mauricio Magdaleno. La debutante Feria del Libro, en el Paseo de Recoletos, innovadora costumbre, fue posible por su iniciativa y esforzada capacidad concertadora. En México, Giménez Siles, con la influyente y diestra ayuda del excepcional prosista y novelador Martín Luis Guzmán, chihuahuense (anotemos que se había significado como secretario de don Manuel Azaña) publicó «Romance», se editaron libros originales y traducciones de autores eminentes. Supieron crear, además, una poderosa y articulada red de librerías, las allí harto conocidas «Librerías de Cristal».

El recuerdo nos conduce a la personalidad polifacética y a la suma de sutilezas y discreciones que enaltecen a José Moreno Villa, indudablemente, como su autobiografía «Vida en claro» testimonia, uno de los andaluces notables más vinculados a la Nueva España. Fino catador crítico de la riquísima plástica barroca mexicana, retratista —certero y elegantizador— de las damas que también se encrestaron en la revolución institucionalizada, poeta resultantemente sobrio, José Moreno Villa casó con la viuda que le deparó su noble protector y correspondido amigo y mostraría su controlada ternura por la tardía paternidad de un hijo que ofrendó al país adoptado, que de tal suerte lo nacionalizó aún más.

Estos apuntes, mayoritariamente cifrados en México, para el concepto categorizador de «andaluces ilustres» o «eminentes», no sólo se centran en los acuñados, sino, asimismo, en los que desarrollaron allí, con excelencia, su labor y dotes indicativas. Aunque la contribución de María Enciso, de positivo relieve, frustrada quedara por temprana muerte, en plena madurez sensitiva y conceptual. Nadie, y apenas sus coterráneos, ha reparado en los poemas de la almeriense María Enciso. Me precio de haber sugerido su nombre y la importancia de su imaginería a la comprensión valorativa de Aurora de Albornoz, que de ella se ocupó cumplidamente en su documentada panorámica del género en la obra grupal «El exilio español de 1939». Merced a su cálida recomendación la serie «Molinos de agua» insertó «De mar a mar» —sin que alcanzara a

distribución por práctico fallo de medios materiales de continuidad—. Contiene unas páginas biográficas de su devoto valedor y paisano Arturo Medina. Afirmaba en mi prólogo, lo que renuevo, respecto a la modulación de su inmanente presagio: «Más allá del silencio / mil voces me han llamado en esta oscura noche, / Más allá de la muerte, / las ha traído ensangrentado viento».

En la relación impresionante de poetas andaluces transterrados se proyecta el luminoso auspicio, desde Estados Unidos y Puerto Rico, del cimero Juan Ramón Jiménez, cuya trayectoria espiritual en el transtierro exigiría ser tema de exposición y diálogo específicos.

Sí, andaluces ilustres, notables, el pintor jiennense Cristóbal Ruiz: su retrato, de cuerpo y alma enteros de Antonio Machado, el más logrado, preside todavía, creo, el salón principal del Ateneo Español de México: transcurrió la mayor parte de su exilio en Puerto Rico, y una decena de sus cuadros acaba de adquirirlos la «Biblioteca y Centro Documental de autores y temas jiennenses». En México, otro admirable pintor, cordobés, Antonio Rodríguez Luna. Juan M. Ortega, de cuna malagueña, historiador y erudito de pro; el director, adaptador teatral y maestro de actores, Alvaro Custodio, de Ecija, «la llana», a compás del romance del 800 de Fernando Villalón; revisores de estilo, en exigentes faenas editoriales, el ex-Inspector de Primera Enseñanza, Luis Alaminos y el dirigente socialista Ramón Lamoneda, jiennense de Menjíbar; ori-llada su inicial inclinación poética, el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez, especialista en marxiana estética, de fecunda acción docente, este malagueño, en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Probablemente, los casos más significantes, a mi entender, girarían en torno a la esforzada campaña para la difusión de nuestros clásicos, del Siglo de Oro, que realizó Alvaro Custodio, a las acentuaciones pictóricas de Antonio Rodríguez Luna y en el acreditado historiador Juan M. Ortega.

En la fase —plástica, emocional— que a la guerra civil precede, durante el éxodo (inolvidables dibujos los suyos que perpetúan las dramáticas improntas de la derrota), Antonio Rodríguez Luna forja su propio estilo oliváceo, que en ocasiones roza la imprecación

goyesca y la aptitud captadora, costumbrista de Daumier. Lienzos de pincelada fuerte, oscura. Mientras, imparte clases en la Academia de Bellas Artes de San Carlos. A medida que se distancia el ansiado retorno, su paleta tiende hacia las configuraciones simbólicas y a la incursión abstraccionista. Persiste, según mis noticias, su «ninguneo» (el punzante vocablo mexicano) en España, salvo la Exposición —hace pocos años— en la madrileña Galería de Juana Mordó, que sólo despertó fugaces resonancias. En 1982 su natal villa de Montoro inaugura un museo monográfico de su obra. Y puntos suspensivos de la fortuna y de la edad...

Destaquemos, que vale la pena, el caso de Juan M. Ortega. Maestro nacional, incorporado al Colegio refugiadil Luis Vives, a costa de porfía y desvelos, extiende en «horas extras» sus estudios y se doctora en Letras, especialidad de Historia, en la Universidad Nacional Autónoma de México. Se le encomienda, para la colección Biblioteca Americana, tan rigurosa, del Fondo de Cultura la edición —prólogo y notas implicados— de la obra de B. Mayer «México, lo que fue y lo que es». Académico de número de la Academia Mexicana de la Historia. Desarrolla intensa labor docente en la citada Universidad Nacional Autónoma de México, la que ostenta, respecto a las privadas, titularidad oficial, estatal. Trabaja en dicha institución como profesor e investigador. Redacta el nuevo plan de estudios de la carrera de historia. Partícipe y conferenciante en calificadas universidades nacionales y extranjeras. Muestra su bibliografía un rico repertorio temático. En tanto que modelo de dedicación y rigor, bien nos demanda este investigador ser investigado...

(...Don Manuel de Falla sinfoniza «La Atlántida» —su horizonte ha trascendido, se dirige a lo universal— en su retiro de la Córdoba argentina, distinta a la semitropical Córdoba veracruzana).

En uno de los entronques del cono Sur —Santiago de Chile— José Ricardo Morales, malagueño con larga convivencia en Valencia, no sólo sustenta cátedra de estética en la Escuela de Arquitectura, sino que en tal lejanía escribe, antes de que Ionesco lo pen-

sara y lanzase, lo que ratificó en lúcido estudio el filósofo José Ferrater Mora, una serie de piezas teatrales que proponen el mandamiento de lo «absurdo» —un microcosmos— pero enfocadas con un sentido humanístico, condolido y reflexivo, en nuevas cotas de patetismo. En su cercanía dibuja Jorge Ravassa, calle Granada de la fenicia «Malaca», y el máximo periodista del muy difundido semanario «Ercilla», Darío Carmona.

En su oportuno y esclarecedor libro María Elena Zelaya Kolker, «Testimonios americanos en los escritores españoles transterrados de 1939», aparecido en noviembre de 1985 y que significa positiva contribución del Instituto de Cooperación Iberoamericana a una temática fácticamente inédita, estructurada visión de conjunto, que, subrayo, es de inexcusable consulta como apertura de representativos enfoques, ya más monográficos, de las relaciones contemporáneas hispanoamericanas, se aborda, según este prisma, la narrativa del relevante escritor granadino Francisco Ayala. Francisco Ayala, que procedía de los núcleos concéntricos de la «Revista de Occidente», que Ortega Gasset había fundado y orientaba, en tónica y contenidos, se instala (ya lo había experimentado en viaje de conferencias a principios de los años treinta, en Buenos Aires). Corto desplazamiento a Brasil y se distingue por sus ensayos, críticas y cuentos, redondeados por el díptico «Muertes de perro» y «El fondo del vaso». Categorized por sus cursos universitarios (sociológicos en su mayoría) y en virtud de traducciones ejemplares de Thomas Mann: «Las cabezas trocadas», «Carlota en Weimar». Después ejerce su magisterio en la Universidad de Río Piedras (Puerto Rico), funda y atiende la excepcional, selecta revista «La Torre». Posteriormente contratado por universidades norteamericanas, lo que más ha influido en él, aparte de sus orígenes, es lo suramericano, al igual que sus opiniones y tesis dejaron fecunda huella en aquellas naciones. Ellas y él se encuentran como peces en el agua.

Más aquejado de añoranza, Rafael Alberti que se desenvuelve en parecida latitud. Sin embargo, capta vívamente la naturaleza latinoamericana. Nos lo declaran —Alberti con sus versos, María Teresa León, lo apostilla en sus memorias. Cuando la Universidad de Toulouse lo nombró doctor «honoris causa», al cumplir

sus briosos ochenta años, y me fue sobremanera grato asistir a esta pleitesía, en 1983, hice constar, en un fragmento de mi comunicación:

«Por su ambiente histórico y dada su geográfica ubicación, en virtud de sus antecedentes y texturas mestizas, quizá sean, entre los peninsulares e insulares, los andaluces quienes mayor predisposición muestran para entender y sentir y asumir lo latinoamericano, y expresar allí, con toda naturalidad y amor al nuevo contexto, su encendida nostalgia por la patria de que los despojaron los renacidos tiranos. El entrañable fenómeno, de índole general, se acendra en las manifestaciones literarias y alcanza una de sus más jugosas y culminadas voces en la poesía, siempre magistral y original, de Rafael Alberti. — Redescubrimos estas «señas de identidad» en sus *Baladas y canciones del Paraná*. Desde sus orillas y comarcas fluviales, serranas, parece enconársele al poeta su añoranza del mar gaditano, tan patente y resurgido en alternativas etapas de su obra, que cada vez nos incita más a fructíferas incursiones, a diversos derroteros líricos». Secundémoslo ahora, en la «Balada del andaluz perdido»:

Perdido está el andaluz
del otro lado del río.
—Río, tú que lo conoces,
quién es y por qué se vino?
Vería los olivares
Cerca tal vez de otro río...».

De inequívoca afinidad pero de cadencia menos intensa, más cantarino el plañir, los versos de Juan Rejano:

«En medio no está la sombra.
Están tu sombra y mi cuerpo
Entre una esperanza rota.
Los que van por el camino
se paran a ver mi llanto
a la sombra del olivo».

Según los recuerdos que en mí no se han opacado todavía y los datos que en espigar del pasado conseguí, he de subrayar que mi relación y breves glosas precedentes no son exhaustivas y me-

nos aún definitivas. Consciente de que sólo se trata de una modesta pero fervorosa apertura de la temática concreta a que he procurado ceñirme, de indagaciones ametódicas, análisis libérrimos, tareas a sopesar y a complementar por otros más idóneos, calificados y, sobre todo, asistidos de su juventud y anexos bríos. A ellos —formulo cálidos votos— les corresponderá. No necesito encarecer la importancia de esta averiguación, que pone de relieve los temperamentos y mentalidades concertables de los sureños, nosotros, y los hombres y mujeres, de flexibilizadas hablas castellanas e injertas culturas peninsulares, de Ultramar, en ambas convergentes direcciones. El hecho de que, como meridionales, nos adaptemos con más rápida y suelta manera a las naciones en aquella orilla atlántica, aporta manifiesta prueba con los avatares que el exilio y transtierro determinaron. Me remito, en viceversa, a una inolvidable experiencia: en 1980, José Monleón, algo de trashumancia hubo, organizó y encabezó un viaje de autores, de actores y peritos en materias teatrales, de Latinoamérica y de España, que comenzó en los altos del descascarado y ya vejancón edificio del «Martín», escenario antaño de revistas bullangueras y hasta sicalípticas, a timón de época, prosiguió en el Coliseo Carlos III, de San Lorenzo de El Escorial y terminó, tras parada y fonda en Sevilla, en Palos de Moguer y La Rábida. Bastó para los latinoamericanos que cruzáramos Sierra Morena y nos adentráramos en el paisaje de olivares de Jaén, para que sus rostros y su «actitud de trato» cambiaran radicalmente. Se sentían, por carácter, acento y fluida, acogedora llaneza, en ambiente y entorno «familiares», «emparentados»; abandonaron cierta tendencia a la precautoria inhibición que los había signado en los tablados y calles matritenses, que quizá se resquebrajó un tantico en Almagro.

En suma, este apasionante inquirir cuya propuesta me permito sugerir, afrontará —confío— otros aspectos del consustancial problema de los mestizajes. Tema-cuestión-dilemas lo he abordado en un intento de comprimido ensayo, homeopático, («Andalucía e Hispanoamérica: crisol de mestizaje»), que quizá revista un limitado interés a tales efectos, si bien yo mismo lo ampliaría y corregiría hoy, en lo que concierne a no haber prestado la consideración debida a los factores institucionales romanizadores y a la tras-

cedente estación de apoyo y singladura —y de influencia transitiva, de ida y vuelta— que han supuesto, implican y ejercerán las Islas Canarias.

El tema-problema-dilema, insisto en el aspecto trinitario, cobra cada vez mayor apremio, recaba profundización. Verbigracia: hace pocos días dialogaba extensamente con el profesor norteamericano Miguel Ugarte (de la Universidad de Columbia, Missouri; hijo de exiliado) que realiza cuantiosa porción de su presente estudio en nuestro país, con beca Guggenheim. Versará en derredor y hacia la pulpa de «el exilio como literatura» o, tanto monta, «la literatura como exilio». ¿No serán, acaso, términos de una simbiosis verbal y existencial?

Mis respetuosas solicitudes, el libro de Marielena Zelaya Kolker, la búsqueda vibrante de Miguel Ugarte, marcan, estimo, unas guías, que probablemente sean, en los años venideros, próximos, la posible contribución que perduraría al aire y socaire de la celebración —que temo sea festival en demasía— del Quinto Centenario del Descubrimiento de América. ¡Ojalá resulte infundada mi prevención!